



EL CUBO DE BASURA

Subía caminando por la acera de mi calle, y en un momento dado cruzó una moto, que estuvo a punto de embestirme. Me quedé clavado y me salió un ¡cuidado! de puro instinto de supervivencia. Pero fue esa y exactamente esa la palabra: ¡cuidado!. Pues bien, tras una mirada de puro odio, la mujer que conducía la moto, me dijo de todo. “No te he visto, guapito, ¿te crees que soy imbécil y voy atropellando a la gente? Siempre estáis los que vais por la vida dando lecciones a la gente...”. Me quedé alucinado. Y pensé sobre algo que había leído recientemente:

Todos tenemos nuestro cubo de basura. Un cubo en el que vamos metiendo toda la basura emocional que se nos genera en nuestra vida: desengaños, miedos, frustraciones, enfados... Y un día hay que vaciarlo, porque si no se desborda. Pero es que hay gente que cuando lo tiene bien lleno, lo que hace es buscar a alguien para tirárselo por la cabeza, y quedarse tan ancho.

La gente lo hace. Sin miramientos. Con conocidos, con compañeros del trabajo, o con el primero que pasa, como ocurrió en mi caso.

Y cuando alguien te vacía su cubo, lo único importante es entender que es su basura, y que por tanto no vale la pena hacer nada al respecto, más que ignorarlo. Es esencial no tomárselo personalmente y entender que sólo es eso, su basura. Que es molesto que te la tiren encima, pero que no es tuya ni va contigo.

Si cada día, alguien de mi entorno, se dedica a vaciar su cubo de basura conmigo (es sorprendente lo rápido que lo llenan algunos), le voy a llamar la atención. Pero no discutiré nada de la basura que me ha tirado hoy, simplemente le pediré que deje de tirarme la basura encima. Pero si es alguien de la calle, si es un perfecto desconocido, lo mejor es no hacer nada y seguir el camino. Porque si lo discutimos nos echará mucha más basura. Toda la que tiene. Si pasamos de largo es ella o él el que se quedará enganchado en la basura que ella o él mismo ha vaciado a sus pies.